

¿Y qué venia á ser la moral pública en medio de este naufragio universal de las sanas doctrinas? ¿Se veia mejorar á los individuos, y á las naciones procurar la perfeccion de las costumbres? Las orgías desenfrenadas del tiempo de la regencia, y los repugnantes escándalos del reinado de Luis XV responden suficientemente á esta pregunta. “¡He aquí, esclama el P. Lacordaire, el palacio de los reyes cristianos! En la cámara donde habia dormido San Luis, Sardanápalo está ahora acostado! Stamboul habia visitado á Versalles y se encontraba allí muy á su gusto. Unas mujeres levantadas del fango hediondo del mundo, jugaban con la corona de Francia; los descendientes de los cruzados, impregnaban con el hálito de su adulacion las antecámaras deshonoradas, y besaban al pasar el vestido de la cortesana reinante, llevando del trono á sus casas los vicios que allí habian adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitacion de las saturnales de Roma, realzadas con una impiedad que no habian conocido los cortesanos de Neron. En vez del arado y de la espada, una juventud inmunda no sabia manejar sino el sarcasmo contra Dios y el descaro contra el hombre: á sus piés se arrastraba la clase média mas ó menos imitadora de esta real corrupcion, y lanzando en pos de sí á sus hijos perdidos, como se vé detras de los poderosos reyes de las selvas, los leones y otras fieras, á los animales mas pequeños y viles que les siguen, para lamer su parte de la sangre que aquellos derraman.”¹

He ahí lo que el espíritu filosófico hizo particularmente de la Francia; he ahí cómo en pocos años transformó en abyeccion, en egoismo, en corrupcion, la lealtad, la generosidad, la religiosidad de un gran pueblo. Lejos, pues, de conducir á la humanidad hácia los destinos gloriosos de un porvenir puro y científicamente virtuoso, no hizo mas que arrastrarlo hasta el abismo de la mas profunda degradacion: la historia lo demuestra con una luminosa é irresistible evidencia. Así

¹ Confer., tom. II, pág. 70.

pues, un inmenso descrédito ha herido á las ciencias morales: las conciencias turbadas é inciertas las han rechazado como guías ciegos y falaces; y mas bien que entregarse todavía en sus manos han preferido sustraerse á todo principio de vida, sepultándose voluntariamente en la tumba de una indiferencia letárgica. Por segunda vez, el hombre rebelado contra Dios encontró la muerte del alma en su rebeldía. La razon, tan orgullosa de su independendencia, no habia conseguido mas que crear la servidumbre del error: en el caos de la anarquía de las inteligencias, graznaba como el pájaro siniestro de la noche sobre las ruinas de la sociedad moral.

CAPITULO XXXVII.

Que la independendencia

de la razon no ha ejercido una influencia dichosa en la política ni en el progreso de las ciencias y de las artes.

Nadie desconoce que la sociedad moral y la sociedad política están unidas entre sí por medio de estrechas relaciones; que ésta última se apoya en aquella, y que la caída de la primera debe producir en la segunda un terrible sacudimiento. Dios lo ha querido así, á fin de que las naciones reconociesen el bien y el mal por sus mismos frutos y supiesen que no se confunden y desprecian impunemente las mas santas leyes de los seres libres. No es, pues, fuera de propósito el poner á la vista los fenómenos que han aparecido, así en el órden moral como en el órden político, al advenimiento de la independendencia de la razon.

Un hecho capital y muy notable se presenta desde luego á nuestra observacion, y es, que despues de este advenimiento de la razon libre, todos los grandes Estados de la Europa, que formaban bajo el imperio del catolicismo monarquías templadas, por los estados generales, los parlamentos, dietas y córtés marchan rápidamente hácia el absolutismo. ¿Cuál puede ser la causa? En todo el curso de este escrito no hemos cesado de indicarla, y los acontecimientos modernos han venido á justificar superabundantemente nuestro juicio. En efecto, y aunque otra cosa se diga, no hay mas que dos medios para sostener en el derecho la libertad humana: la fuerza ó los principios. Cuando estos son sólidos y están sólidamente establecidos, el uso de la fuerza es poco necesario; pero cuando vacilan sobre su base, la fuerza únicamente puede servirles de punto de apoyo. Por otra parte, cuando los poderosos del mundo encuentran un freno en las ideas religiosas, se detienen mas fácilmente sobre la pendiente del orgullo y de la ambicion; respetan mas á los pueblos confiados á su gobierno. Esta doble consideracion motiva la aparicion del absolutismo á consecuencia del protestantismo.

Los partidarios de la nueva herejía se habian atrevido á levantar una mano sacrílega sobre la mas augusta de las autoridades, sobre la autoridad pontifical, y no debian sentirse dispuestos á respetar por mucho tiempo una autoridad inferior, la autoridad imperial. “Si me es permitido, decia Lutero á su soberano, por amor á la libertad cristiana, no solo despreciar sino pisotear los decretos de los papas y los cánones de los concilios, ¿pensais que haya de respetar vuestras órdenes hasta el grado de considerarlas como leyes?” Los anabaptistas y los independientes no tardaron, pues, en formar y en querer ejecutar planes de república en que los reyes no figurasen ya en ellos; los filósofos se mostraron decididos á atacar tanto la corona como la tiara. Unos y otros minaron á competencia las instituciones existentes pa-

ra sustituirlas con los sistemas de gobierno que habian imaginado en las elucubraciones de su gabinete. Desde Hobbes, Harrington y Buchanan, hasta Rousseau y Siéyes, casi todos arrojaron elementos de constituciones nuevas: ellos llegaron, en fin, hasta formular el voto salvaje de ver ahorcar al último de los reyes con las entrañas del último de los sacerdotes. Testigos de los desórdenes que engendraba el nuevo espíritu, y percibiendo por otra parte, que amenazaba á sus tronos, los soberanos, armados todavía del poder de que los habia investido la Iglesia, pero desprendidos de las trabas saludables que les imponia en su ejercicio, concentraron todo este poder en sus manos para defenderse. Él se convirtió, pues, por falta del contrapeso necesario, en un poder absoluto.

Debemos aquí justificar á la Iglesia de una injusta acusacion que se dirige frecuentemente contra ella. Olvidando el remontarse bastante alto en la historia, se le reprocha el haber favorecido el despotismo, porque se desconocia la época y las circunstancias en las cuales se habia introducido en Europa. Si hay una cosa cierta, sin embargo, es la de que á medida que la civilizacion católica se ha desarrollado, el poder real ha dado mas garantías á los pueblos y se le ha rodeado de mas eficaces modificaciones. Es verdad que la Iglesia lo habia hecho fuerte y respetable revistiéndolo de un carácter sagrado, pero por la virtud de sus doctrinas y su incesante vigilancia templaba tan perfectamente su accion, que obró un prodigio que tal vez por mucho tiempo no se renovará: ¡ella le hizo amar! Por lo demas, los acusadores de la Iglesia se contradicen á sí mismos; porque ellos le increpan muy á menudo de haber atentado á los derechos de los soberanos; y estos á su vez se quejan de sus pretensiones sobre su poder temporal. Más de uno, como el rey Federico II, han considerado muy dichoso á Saladino por no haber tenido que temer los anatemas de los pontífices; y por todas sus precauciones y todas sus violencias hácia ellos, han probado que la Iglesia no consentia en dejarlos reinar segun

su gusto y su capricho. Apenas, por lo mismo, hubo de presentarse la ocasion de deshacerse de esta importuna tutela, ellos se apresuraron á asirla, imaginándose que desde entonces reinarian mas tranquilamente y que nada en lo sucesivo turbaria la beatitud de su omnipotencia. Pero se engañaban siempre; porque en virtud de una ley divina, segun el juicio del conde de Maistre, hay constantemente al lado de toda soberanía alguna fuerza que le sirve de freno: ya es una ley ó una costumbre, ó la conciencia, un puñal, &c.; pero siempre hay alguna cosa. La autoridad de los papas fué el poder escogido y constituido en la edad media para hacer contrapeso á la autoridad temporal¹. M. Luis Blanc se encuentra en este punto de acuerdo con el filósofo católico. "Tal fué," dice, burlándose de la autoridad real que sus iguales habian arrastrado al abismo; "tal fué la locura de Luis XIV y de sus ministros (y esta observacion puede aplicarse á los demas príncipes), de no haber comprendido que la competencia de los papas en materia de soberanía protegia á los reyes, lejos de serle contraria. Llegó el momento en Francia de que la nacion se apercibiese que la independencia de los reyes era la servidumbre de los pueblos; y entonces se levantó indignada á fuerza de sufrimientos y pidió justicia: pero faltando jueces para el poder real, la nacion se hizo ella misma juez, y la excomunion fué reemplazada por una sentencia de muerte."²

El otro fenómeno que se nota en las sociedades políticas desde la recrudescencia de la razon libre, es la insubordinacion turbulenta de los pueblos hácia sus gefes. Acabamos de manifestar una de sus principales causas: ¿por qué no se puede decir con toda verdad que la libertad absoluta de pensar trae en pos de sí la libertad absoluta de obrar? ¿No es cierto igualmente que si se cree permitido poner en cuestion todo lo que concierne al orden religioso, con mas fuerte razon

¹ *Del Papa.*

² *Historia de la Revolucion, tom. I, pág. 252.*

debe creerse en el derecho de someter á discusion todo lo que constituye el orden político? Si, puesto que desde el momento en que un poder es discutido, su existencia queda pendiente del resultado incierto de la solucion: y era difícil que ésta fuera favorable á los reyes. La libertad es en el hombre una pasion, y pasion tanto mas viva, cuanto que reside en el mismo fondo de su sér. Como todas las demas pasiones, necesita estar contenida por una fuerza superior, tomada de un origen sobrenatural. Que quiera el hombre, solo con su razon, luchar contra esta pasion, no solamente será vencido, sino que su razon se ligará muy pronto con su pasion y suministrará á ésta nuevas armas para combatirle. Esto es lo que el cristianismo ha comprendido maravillosamente; y en este caso es en el que ha brillado especialmente su sabiduría. Conociendo el sentimiento innato de independecia que hace latir el corazon del hombre, sabia que él no se someteria nunca voluntariamente al dominio de sus semejantes si consideraciones superiores no venian á ennoblecer su obediencia. Él hizo, pues, remontar el principio de autoridad hasta Dios. Todo soberano legítimamente instituido mandaba no en su nombre propio sino en el de Aquel que quiere que el orden reine sobre la tierra; y cualquiera que le resiste, resiste á Dios mismo.

Sin embargo, la Iglesia habia previsto que el soberano podia ser infiel á su mision y que dejando de ser el padre de sus pueblos se convertiria en su tirano. En estas circunstancias delicadas era en las que la Iglesia interponia su pacífica mediacion, exhortando al príncipe á seguir en mejor vía; suplicándole, amenazándole en nombre de Dios; separándole de la comunion cristiana si se obstinaba; y, despues de haber agotado inútilmente todos los medios, declarando, en fin, á los súbditos que sus juramentos no les obligaban ya á someterse á unas órdenes injustas. De esta suerte la tiranía podia ser legalmente desarmada; y las naciones, estando protegidas contra sus excesos, se encontraban igualmente al abri-

go de sus propios furores, y evitaban las terribles calamidades que producen las revoluciones y las guerras civiles. Mas luego que el espíritu filosófico hubo echado por tierra ese sistema de derecho divino, del que no comprendía ni comprende hoy todavía el objeto ni aun el sentido, las relaciones de los pueblos con sus gefes sufrieron un cambio profundo y funesto. De una y una parte desapareció el respeto para hacer lugar á la desconfianza y al odio. Los reyes creyeron con demasiada facilidad que los súbditos estaban hechos para servir de instrumentos ciegos á su voluntad y á sus deseos; y estos á su vez, embriagados de un loco orgullo, poseidos de una pasión desenfundada de libertad, aborrecieron hasta la sombra del poder y se precipitaron en el espantoso caos de la anarquía, de donde cayeron todos llenos de fango y de sangre en los brazos del despotismo militar. Tal es la historia de los dos países que bebieron á tragos mas largos, en la copa filosófica, el funesto veneno de las malas doctrinas; la Inglaterra, entregada al fanatismo de los Cabezas-Redondas y doblegándose bajo la espada de Cromwell; la Francia, sumida por la ferocidad de los sansculotes, en un terror desconocido hasta entonces en el mundo, y que solo la mano de hierro de Bonaparte pudo sofocar. Los pueblos, queriendo libertarse de la tiranía de los reyes cayeron bajo la tiranía mil veces mas tremenda y opresiva de las facciones, y para salvarse luego de ésta, se arrojaron en brazos de algunos despotas audaces y ambiciosos.

Así el estado social cristiano fué reemplazado por el estado social pagano: los pueblos oscilaron entre el despotismo y la anarquía, la anarquía y el despotismo.

Si ahora, abandonando el horizonte político, echamos una mirada sobre la esfera de las artes y de las ciencias, descubriremos que el nuevo espíritu ha favorecido su desarrollo y su progreso? Especulativamente hablando, cuando la inteligencia se deja arrastrar á cuestiones teológicas y filosóficas, absorbentes, irritantes, sin solución definitiva é irrecusable,

ella se fatiga, se agota, y no tiene ya gusto ni vigor para ocuparse de las cuestiones de un orden secundario. La preponderancia, por otra parte, del elemento racional no es favorable á la expansión y al vuelo del sentimiento. El Bajo-Imperio está enervado y gangrenado en sus disensiones sofisticas, y la Europa moderna ha gastado el mas bello vigor de su adolescencia en luchar ya en pro ya en contra de las fantasmas salidas del cerebro enfermo de los pretendidos reformadores. Las artes y las ciencias no florecen sino en los dias de paz intelectual y material; y no prosperan en medio de las disputas borrascosas, de los tumultos populares y de las guerras civiles. Pero, haciendo abstracción de estas consideraciones generales, ¿qué han ganado positivamente las artes y las ciencias, con la manumisión del espíritu humano? El protestantismo se declara su enemigo; y como dice M. de Chateaubriand, "si hubiese obtenido un éxito completo, habría establecido al menos, durante algun tiempo, otra especie de barbarie. Teniendo por supersticiosa la pompa de los altares, por idolatría las obras maestras de la escultura, de la arquitectura y de la pintura, intentaba asimismo hacer desaparecer la alta elocuencia y la gran poesía deteriorando el gusto, repudiando los modelos é introduciendo algo de seco, de frio y pelilloso en el espíritu. La Europa, el mundo están cubiertos de monumentos de la religion católica. ¿Cuáles ha erigido el protestantismo? Él os mostrará las ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines y establecido algunas fábricas de manufacturas."¹

El siglo diez y ocho en Francia fué asimismo una época de decadencia mas bien que de perfección: nunca sostendrá la comparación con los grandes siglos de Leon X y de Luis XIV. El Bramante, Miguel Angel y Rafael, esos grandes artistas de la Iglesia, no han podido encontrar rivales entre los partidarios de la razón pura, ni el impío Voltaire es ciertamente superior al católico Racine. Sacrificando el sentimiento á la

¹ *Estudios históricos*, tom. III, pág. 445.

razon, el filosofismo no vivifica el gusto; poniendo en problema todas las verdades morales, conmueve igualmente las verdades artísticas: la insubordinacion que infunde en las voluntades se comunica á las inteligencias; así se subleva contra las leyes del arte, como contra las leyes de las costumbres, y el gusto de lo bello sobrevive rara vez al amor del bien. Además, hemos visto á la razon estraviarse hasta atacar no solo las reglas del arte sino el arte mismo con las ciencias. Rousseau, no viendo sino lo que vinan á ser éstas en manos de las libertades desarregladas, las ha acusado de ser los vehículos de la corrupcion social; y Babœuf las ha proscrito como atentatorias á la igualdad fraternal y que no servian sino para alimentar la ociosidad y los placeres de los ricos.

No puede negarse que durante el período filosófico, las ciencias que se refieren al orden material é intelectual, como las ciencias físicas y matemáticas, hicieron grandes progresos; pero sus raices las tenían en las edades católicas, cuyos descubrimientos no ceden en nada á los descubrimientos modernos. Por lo demás, es evidente que el principio de su desarrollo no se deriva de la época de la independencia de la razon, pues que la mayor parte de los grandes genios que lo han promovido, como Pascal, Descartes, Cassini, Euler, Newton, Leibnitz, pertenecian de hecho ó de corazón al catolicismo; y que un gran número de talentos de primer orden y que se han distinguido en todas materias, han probado sobradamente que el nombre de hijo de la Iglesia no era un título de incapacidad científica.

Podemos ahora darnos fácil cuenta del resultado de los trabajos de la razon libre. Ella ha destruido la sociedad moral establecida por Jesucristo; ha destruido los principios morales y pervertido las costumbres; ha trastornado las naciones y engendrado la anarquía y el despotismo. Las artes tienen que quejarse altamente de sus desprecios y de sus ataques; las ciencias no le son deudoras tampoco de ningun favor, de ninguna gracia. Si algo bueno ha quedado, en los

que ha corrompido y estraviado, emana de la Iglesia; lo malo, es obra de ellos exclusivamente. La Iglesia les habia hecho beber la vida en su pura fuente; la razon libre los ha conducido á cisternas fangosas donde han sorbido á tragos prolongados la corrupcion y la muerte.

CAPITULO XXXVIII.

Fuera de la Cruz no hay salvacion para la humanidad.

Todas las religiones son buenas, han dicho los falsos filósofos, y el vulgo irreflexivo, á quien se deslumbra fácilmente, se ha apresurado á repetir sus palabras. Sin duda que no tratándose sino de un dios cualquiera, ya se le adore bajo la forma de un mono ó de un fetiche, ó bien se le reconozca bajo los rayos de Júpiter ó de Vénus, á los ojos de un filósofo que se vanagloria de ser superior á las preocupaciones, es cosa de tan poca importancia que no merece ocuparse de ella seriamente. Pero venid acá, poderosos racionadores; si, según vuestra opinion, todas las religiones son buenas, ¿toda moral es igualmente buena? porque, reflexionadlo bien, una religion no es solamente un culto sino tambien una moral; ¿y cómo considerais las de esas religiones antiguas que santificaban la prostitucion, el adulterio y los sacrificios humanos? ¿y qué decis de las sectas modernas que consagran la poligamia, la esclavitud y el fatalismo? Prosternémonos entonces á los piés de Priapo; mezclémonos á los misterios de la buena diosa; erijamos templos á las heroínas del *lupanar*; construyamos serrallos para encerrar á nuestras concubinas; á bien que hay religiones que no solo nos lo permiten, sino que nos autorizan á hacerlo.